

LA CONJURA DE LOS NECIOS

A confederacy of dunces

John Kennedy Toole

Novela satírica. Probablemente fue escrita en 1962, mientras Toole hacía el servicio militar en Puerto Rico. El rechazo de distintas editoriales a publicarla deprimió a Toole de tal modo que se suicidó. Años más tarde, su madre leyó el manuscrito y se esforzó en que fuera publicado, lo que consiguió tras rogar con insistencia al escritor Walker Percy, autor del prólogo que acompaña habitualmente a la novela. Publicada póstumamente en 1980, obtuvo el Pulitzer en 1981.

La historia se desarrolla en Nueva Orleans. Su protagonista es Ignatius J. Reilly, un hombre de hábitos estrafalarios que, a pesar de haber cumplido treinta años, sigue viviendo con su madre. Su régimen alimenticio es copioso y desordenado, de ahí su obesidad y sus frecuentes flatulencias, eructos y vómitos. Otros rasgos físicos que acentúan su aspecto repelente son los dientes amarillos y los granos que le salen en las manos cuando sufre un ataque de ansiedad.

Socialmente inadaptado, Ignatius Jacques Reilly (nombre registral) niega la modernidad y añora la moral y conducta medievales. Por este rasgo, se le ha comparado erróneamente con el Quijote. Pero el caballero andante no resultaba repulsivo, solo grotesco. En todo caso, si quisiera buscarle un parentesco literario, me sería más fácil encontrarlo en *Sin noticias de Gulb* que en los esperpentos de Valle.

Enfermo de egocentrismo, Ignatius se define como «un joven de buenas costumbres, casto, prudente e impresionable», poseedor, además, de un «físico sólido y bien formado», cualidades por las que despierta la «envidia y el resentimiento» de los demás: «La grandeza de mi psique, la complejidad de mi visión del mundo, la decencia y el buen gusto que revela mi porte, la gracia con que me muevo y actúo en el cenagal del mundo de hoy, confunde y asombra».

Un rasgo frecuente en los egocéntricos es la megalomanía. Ignatius tiene vocación de mesías, de ahí que, aun despreciando a sus congéneres tanto como ellos a él, quiera redimirlos. Con esa intención escribe diatribas en cuadernos que acumula en su cuarto con la vaga esperanza de llegar a componer con ellos «una obra maestra». En sus fantasías ególatras aspira a encumbrarse al poder universal: «Mi inteligencia, indomable y exuberante como siempre, me susurró un plan tan majestuoso y audaz para Salvar a Mundo que yo mismo me estremecí: “¡Alto!”, grité implorante a mi divina inteligencia». Pero nada puede contener su quimera: «Se me ofrecía la oportunidad de Salvar al Mundo a Través de la Degeneración. Cuando hayamos derribado todos los gobiernos existentes, el mundo no tendrá ya guerra sino orgías globales. De vez en cuando, el Jefe del Estado Mayor y el Presidente, vestidos con plumas y lentejuelas, divertirán a los presidentes de los demás países, pervertidos también, con bailes y fiestas». Todo bajo su control, claro: «Yo actuaré como una especie de mentor y guía del movimiento». ¿Qué cualidades vería Toole en su personaje para calificarlo de «verdadero genio»?

Otras características de la visión del mundo de Ignatius Reilly: su libro favorito es «*La consolación por la filosofía*, donde Boecio describe el calvario de un hombre justo en una sociedad injusta. Es la verdadera base del pensamiento medieval*». «Roswita, una monja medieval, una sibila, ha guiado mi vida*». «El Renacimiento y la Ilustración no es más que propaganda peligrosa». «Lo que yo quiero es una buena monarquía, con un rey decente, de buen gusto».

* Boecio fue un poeta y filósofo latino del siglo VI, que murió torturado por sus ideas. Hroswita de Gandersheim, Alemania 935-968, tenía origen aristocrático. No fue una monja, sino una canonesa. Es decir, que hizo voto de obediencia y castidad, pero no de pobreza.

Alrededor del personaje principal pululan una docena de actores secundarios que refuerzan con sus excentricidades al carácter inverosímil del relato.

El lenguaje de Toole es rico y la historia está contada con buen ritmo, aunque el fraseo sea a menudo deslavazado. En las páginas finales, Toole reconduce la trama por unos cauces de sensatez contrarios al absurdo que ha dominado todo el desarrollo. Al menos en cuanto a algún personaje complementario: la madre de Ignatius y su amigo Claude Robichaux escapan de la soledad que los ha convertido, a ella en alcohólica, a él en anticomunista visceral; Gus Levy encuentra su camino como industrial emprendedor, el negro Jones obtiene una recompensa merecida...

No cabe decir lo mismo de Ignatius, que sale indemne de todas las barbaridades cometidas: «Ahora que Fortuna le había salvado de un ciclo espantoso, ¿qué le preservaba para el próximo? El nuevo ciclo iba a ser distinto a cuanto había conocido hasta entonces». Con estas palabras, Toole parece indicar su intención de escribir una continuación de las aventuras de Ignatius, apuntando su posible re inserción, algo de todo punto improbable. El descalabro editorial no solo abortó el proyecto, también puso fin a su vida.

Algunas líneas del relato:

Ecos de la guerra fría: «¡Esto es el comunismo. Todos los policías son comunistas. Igual que en Rusia», Claude Robichaux.

Homofobia: «Ahora solo hay machorras y mariquitas. No puedo soportar a las lesbianas», Lana Lee.

Defensa de los negros: «Los pobres negros ya sufren bastante. También ellos tienen su buena cruz», Irene Reilly. «Un negro no encuentra trabajo, pero sí una celda abierta», Jones.

En conclusión, *La conjura de los necios* me parece una colección de extravagancias que solo justifica la difusión alcanzada por el bajo nivel cultural de una sociedad que, en cuatro siglos, ha pasado del Renacimiento al Reduccionismo. Novela de lectura rápida, es apta para lectores poco exigentes, adictos a los diálogos para besugos y las risas enlatadas de las *sitcom* televisivas. Carece, por tanto, de valor literario y social. No lamento el fracaso de los varios proyectos de Hollywood por llevarla a la pantalla. Si alguno hubiera salido adelante habría desenterrado la *screwball comedy*, subgénero que alcanzó gran popularidad en Estados Unidos en los tiempos de la Gran Depresión y que mezclaba la crítica social con la comedia disparatada sin más pretensión que dar un aire de *inteligencia* a la mera evasión. Desde su butaca, Ignatius habría despotricado contra un subproducto semejante: «Santo cielo, ¿y se considera una comedia esta indecencia? No me he reído ni una sola vez» (cap. Once, sección IV). Como yo no soy tan extremado, admito que alguna secuencia podría tener cierta gracia: los gordos provocan siempre la hilaridad de los *normales*.

EXTRACTOS COMENTADOS
Traducción de J.M Álvarez Flórez y Ángela Pérez

Cuando en el mundo aparece un verdadero genio, puede identificársele por este signo:
todos los necios se conjuran contra él.

Jonathan Swift, *Pensamientos sobre varios temas morales y divertidos*

UNO

Tras describir al protagonista como un ser de aspecto altamente desagradable («Sus labios gruesos se hundían en las comisuras formando pequeños pliegues llenos de reproche y de patatas fritas»), Toole bosqueja su relación con su madre mediante una escena callejera en la que un policía, llamado Mancuso, intenta detener a Ignatius sin motivo. Un viejo sale en defensa del joven, gritando que todos los policías son unos “comunistas”. Ignatius a su vez llama al viejo “fascista”. El pretexto de esta escena, no muy bien narrada, parece ser dar un tono político a la calle.

En la comisaría, Mancuso recibe una reprimenda por haber detenido a un viejo inofensivo. Por su parte, los Reilly entran en un bar. El camarero se dirige a Ignatius: «-¿Sí? – Yo un café de achicoria y leche caliente. –Muy bien». Cuando la madre pide una cerveza, el camarero vuelve a preguntar: «¿Y el caballero? ¿Qué tomará usted?». (¿?) Mientras el camarero va a por las bebidas, Ignatius discute con su madre: «-No debo beber eso. –No podemos estar aquí sentados sin tomar nada. –No entiendo por qué. Somos los únicos clientes». Para, seguidamente, protestar contra el bar: «-Podríamos haber entrado en cualquier otro sitio. Tengo la sospecha de que la policía hará una redada en este lugar en cualquier momento». ¿A las cinco de la tarde en un bar vacío?

Su madre padece artritis (ella dice *arturitis*) en el codo y necesita masajes. Ignatius revela su aversión al contacto físico: «Espero que no quieras que lo haga yo. Ya sabes lo que siento respecto a tocar a los otros».

Tampoco soporta los viajes: «Tras los límites de la ciudad empieza el corazón de las tinieblas (...) Ir en coche me afecta. Lo peor es ir en uno de esos autobuses (...) Cuando fui a Baton Rouge vomité varias veces. El chófer tuvo que parar en medio de los pantanos para que me bajara y paseara. Los viajeros se enfadaron muchísimo». Por eso, hizo la vuelta en taxi: «Obligué al chofer a ir muy despacio. La policía le quitó el permiso de conducir por ir a velocidad inferior al límite mínimo por autopista».

II. En la comisaría donde ha sido llevado el viejo, un joven negro, llamado Jones, le felicita por haber llamado comunista al policía. Jones ha sido detenido por una falsa acusación: «- Aquel tipo era comunista, un comunista hijoputa y cabrón». Queda claro que a Toole no le gustan ni los policías ni los comunistas.

III. El Noche de Alegría, donde entraron los Reilly, es un bar de alterne regentado por la señorita Lana Lee, descrita de forma poco rigurosa: «Era una mujer escultural, su bello cuerpo cubierto por un abrigo...». ¿Cómo se conoce la belleza de una escultura enfundada en un abrigo? En el bar trabaja la rubia Darlene, a quien la Reilly informa: «Ignatius estudió en la universidad. Luego, se quedó en ella cuatro años más para conseguir el título. Se licenció entre los más listos. Desde entonces, lo único que ha hecho ha sido dar vueltas por la casa y ver la televisión».

Otro cliente del bar es un joven comerciante de ropa usada que compra a la Reilly su sombrero. Ignatius está presente. Por eso resulta extraño el diálogo que mantiene con su madre al salir del bar: «-Te dejaste el sombrero en el bar. -Qué va. se lo vendí a aquel joven. -¿Lo vendiste? ¿Por qué?».

En su empeño por hacer peculiares a sus personajes, Toole incurre en descripciones difíciles de comprender. Dice de los Reilly que «su forma de caminar había adquirido una pauta fija: tres pasos rápidos hacia la izquierda, pausa, tres pasos rápidos hacia la derecha, pausa».

En el coche que conduce su madre, Ignatius se sienta siempre en el asiento de atrás, «pues había leído que el asiento contiguo al del conductor era el más peligroso». Para justificar su temor, al salir del aparcamiento la madre destroza el coche de atrás y también el suyo propio, que empotra contra un edificio. La escena da lugar a una nueva descripción inverosímil: «Ignatius bajó el cristal de una de las ventanillas traseras y examinó el parachoques». Desde el asiento de atrás no puede disponer de esa vista.

DOS

Encerrado en su habitación, Ignatius escribe: «Al desmoronarse el sistema medieval, se impusieron los dioses del Caos, la Demencia y el Mal Gusto. Tras el período en el que el mundo occidental había gozado de orden, tranquilidad, unidad y unicidad con su Dios Verdadero y su Trinidad, aparecieron vientos de cambio que presagiaban malos tiempos. La Humanidad, que tan alto había llegado, cayó muy bajo. Lo que antes se había consagrado al alma, se consagraba ahora al comercio. Mercaderes y charlatanes se hicieron con el control de Europa, llamando a su insidioso evangelio *La Ilustración*».

Satisfecho por lo bien que ha expresado su pensamiento. Ignatius «tiró el cuaderno al suelo entre muchos otros que había por allí esparcidos. Un día iniciaría la tarea de ordenar aquellos fragmentos de su ideología en el rompecabezas de un esquema grandioso». Su efervescencia mental culmina con una erección (Ignatius la llama «éxtasis religioso») y la consiguiente masturbación.

II. El negro Jones consigue trabajo en el Noche de Alegría.

III. El agente Mancuso visita a la señora Reilly en su casa del Barrio Francés, «un barrio que había degenerado de lo victoriano a nada en concreto, que se había adentrado en el siglo veinte con despreocupación e indiferencia y muy limitado de fondos». La Reilly debe pagar una indemnización al dueño de la casa maltrecha por su coche: «-¿De dónde voy a sacar yo mil dólares? Lo único que tengo es lo de la seguridad social de mi pobre marido y una pensoncita pequeñísima».

La perspectiva de tener que trabajar para saldar la deuda hace que a Ignatius se le cierre la válvula pilórica y se le llenen las manos de granos, reacción habitual en él.

Primera alusión a Myrna Minkoff, ex novia de Ignatius.

IV. A bordo de un autobús, Jones constata el terror que infunde en la mujer blanca que viaja sentada a su lado. Mirando a través de la ventana, «se preguntó quién sería aquel tipo gordo de la gorra verde, al que se veía de repente por toda la ciudad». Luego, ve a Mancuso huir de un hombre que lo golpea con un periódico.

V. En el cine, Ignatius muestra su disgusto por la película proyectada haciendo comentarios en voz alta y estallando una bolsa de palomitas vacía.

TRES

Ignatius encuentra un trabajo, pero dimite al primer día tras discutir con el jefe. Cuando su madre intenta reconfortarlo, él la increpa: «—Ya te dije que pasaría esto. Soy un anacronismo. La gente se da cuenta y le fastidia... Tu optimismo me da náuseas. Es perverso. Desde la Caída, la posición propia del hombre en el universo ha sido la miseria y el dolor». Y acaba culpándola de todo lo que le pasa: «—Si yo hubiera demolido una propiedad privada en estado de embriaguez y con ello hubiera arrojado a mi hijo a los lobos estaría arrodillado hasta que me sangraran las rodillas como penitencia. Por cierto, ¿qué penitencia te puso el sacerdote por tu pecado? —Tres avemarías y un padrenuestro. —No te extrañe que no soporte a la Iglesia. Deberías haber sido azotada allí mismo».

Luego, busca trabajo en el periódico: «"Hombre limpio, muy trabajador, de fiar, callado" ¡Santo Dios! ¿Pero qué clase de monstruo quieren? "Trabajo de oficina. Presentarse en Levy Pants entre las ocho y las nueve". Descartado. Jamás podría llegar antes de las nueve. Creo que sería más agradable repartir periódicos. Tú podrías llevarme en coche y yo iría tirando los periódicos por la ventanilla». La propuesta resulta incongruente: Ignatius sabe que su madre destrozó el coche y que los repartidores de periódicos madrugan.

II. Ignatius propone a Mancuso investigar el Noche de Alegría, donde «mi querida madre y yo fuimos maltratados. Yo fui víctima de una mujerzuela viciosa y depravada, de esas que hacen beber a los hombres. Además, la propietaria es nazi. Suerte tuvimos de salir de allí con vida».

III. Ignatius se presenta en la oficina de Levy Pants solicitando un empleo. Era «el hombre más grande que el señor González había visto en su vida. Se quitó la gorra verde y reveló una mata densa de pelo negro aplastada contra el cráneo con vaselina, estilo años veinte. Y aquellos ojos increíbles, azules y amarillos, con un finísimo encaje de venillas rojas. El señor González rezó casi audiblemente para que aquel gigantón viniese a pedir trabajo. Ignatius se encontraba en la que quizá fuese la oficina más espantosa que había visto en su vida. La atmósfera de aquel lugar le recordó su propia habitación. Y rezó casi audiblemente para que aceptaran su candidatura».

Además del señor González, en Levy trabaja la señorita Trixie, una octogenaria que lleva cincuenta años en la empresa. La oferta de sesenta dólares semanales da lugar a un regateo: «—Me temo que no es el salario adecuado. Un magnate del petróleo está pasándome por la cara miles de dólares para que acepte ser su secretario personal. —Incluiremos veinte céntimos al día para el transporte. —Bueno, eso cambia las cosas».

IV. En el Noche de Alegría, Jones amenaza a Lana Lee con decir a la policía que el local es un «burdel disfrazado», recordándole «que no es usted Scarla O'Horror».

V. En el taxi que lo lleva a casa, Ignatius escribe las impresiones de su primer día de trabajo: «Estoy verdaderamente muy fatigado. Por primera vez en mi vida me he enfrentado al sistema cara a cara. Sospecho que la señorita Trixie, esta Medusa del capitalismo, puede proporcionarme más de una información básica. Mi jefe, aunque sea bastante cretino, resulta agradable. Ha sido muy cortés conmigo, permitiéndome hacer mi voluntad entre los archivos. Gloria, la mecanógrafa, es una putilla descarada y sin seso. Le dije al señor González que Gloria estaba pensando dejar el trabajo al final del día sin notificarlo [y él la] despidió de inmediato. Lo que me impulsó a hacerlo fue el espantoso rumor de los tacones

de esa chica. Creo que el señor Levy está intentando vender el negocio. Quizá nosotros tres (pues lograré que el señor González despida a los otros trabajadores; demasiada gente en la oficina me distraería) podemos revitalizar el negocio. Tengo ya algunas ideas excelentes».

Al llegar a casa, su madre se dispone a salir para ir a jugar a los bolos con Mancuso, pero antes le da una carta de Myrna como respuesta a otra que Ignatius le había enviado: «No creo una palabra de lo que me dices, lo de la detención y lo del accidente de automóvil. Si te rompiste las dos muñecas, ¿cómo es que pudiste escribir una carta? Esa fantasía tiene todos los rasgos paranoicos, y Freud relaciona la paranoia con las tendencias homosexuales. Pero no entremos en este aspecto, ya sé lo riguroso que eres en tu oposición a la homosexualidad de todo género. Por otra parte, una experiencia sexual satisfactoria purificaría tu mente y tu cuerpo. Necesitas desesperadamente una terapia sexual».

Myrna colabora con unos amigos en la preparación de un film sobre un matrimonio interracial. «En el guion hay un villano ruin y repugnante que vive en una pequeña habitación, una especie de claustro, con las paredes llenas de fotos del Papa y cosas parecidas. Aún no tenemos actor para este personaje. A ti te iría fantásticamente. ¿Te interesa el papel?».

CUATRO

Descripción de la empresa Levy Pants. Frente a los archivos, Ignatius ha fijado con chinchetas un letrero que dice en letras góticas: «Departamento de Investigación y Referencia. I.J. Reilly, custodio». El jefe, al que Ignatius dirige los epítetos «imbécil» y «majadero», le sugiere que se siente en un taburete, del cual Ignatius se cae. Desde el suelo dice que se ha roto la espalda y se niega a levantarse si no es para irse a su casa.

Ha llegado una carta de Abelman, el principal distribuidor de productos Levy, quejándose del mal estado de unos pantalones recibidos. Ignatius rompe la disculpa escrita por el jefe y redacta otra en términos ofensivos (la encabeza llamando «mongoloide» al distribuidor) y falsifica la firma de Gus Levy. «Luego, volvió al departamento de archivos, cogió todo el material amontonado para archivar y lo tiró a la papelera».

II. La presencia en el Noche de Alegría de varios policías de paisano hace sospechar a Lana Lee que Jones haya dado un chivatazo sobre la actividad encubierta del local.

III. Irene Reilly recuerda la noche en que «el buen señor Reilly había ensayado una de sus aproximaciones indirectas, e Ignatius había sido concebido». Luego, recibe una llamada de su nueva amiga Santa Battaglia, la tía de Angelo Mancuso, que la invita a jugar a los bolos.

IV. Descripción de hogar de los Levy, en la Bahía de San Luis. «La casa era tan sensualmente confortable como lo es teóricamente el claustro materno. La Mansión Levy (como decía un cartel en la carretera) era un xanadú de los sentidos. El señor y la señora Levy se consideraban mutuamente los únicos objetos no gratificantes de la casa». Ella le reprocha: «—Has tirado por la alcantarilla el negocio de tu padre. Esa es la tragedia de tu vida. Cuando nos casamos te adoraba, Gus. Lo tenías todo en tus manos y lo desperdiciaste todo. —Mi padre era un miserable y un mezquino. Para mí, Levy Pants es *su* empresa. Que se hunda. —Tu padre empezó vendiendo pantalones en un carro y fíjate lo que logró construir. [Tú, en cambio] nunca has sido una imagen paterna para Susan y Sandra. —Están en la universidad. [En cuanto a] la empresa, ya ha dado todo el dinero que tenía que dar. Ahora es el momento de venderla. —Es una verdadera tragedia, Gus».

V. Ignatius repasa algunos artículos que «había escrito pensando en el mercado revisteril [con títulos tan contradictorios como] *Los niños, la esperanza del mundo* o *Abstinencia, el método más seguro para controlar la natalidad*. Tenía entre manos un proyecto nuevo sumamente comercial: *Diario de un joven trabajador* o *Adiós a la holganza*». Algunos extractos: «He dado en llegar a la oficina una hora más tarde de lo que allí se me espera. Considero que llegar más tarde mejora notablemente la calidad de mi trabajo. De momento debo mantener en secreto la innovación que he introducido en el sistema de archivado, pues es revolucionaria».

En su diario, Ignatius alude a su afición al cine, «arrastrado por el atractivo de ciertos horrores tecnicolorados, abortos fílmicos que eran ultrajes a todo criterio de gusto y decencia, rollos y rollos de perversión y blasfemia que asombraban y sobrecogían mis incrédulos ojos, estremecían mi mente virginal y cerraban mi válvula». Sobre su estado de salud, escribe: «Mi válvula se cerró violentamente esta tarde cuando el señor González me pidió que le sumara una columna de cifras. Cuando vio el estado en que su petición me precipitó, sumó él mismo dichas cifras. Por cierto, ese jefe administrativo podría resultar un fastidio».

Cansado por el esfuerzo, Ignatius se pone a tocar el laúd y cantar, provocando las protestas de su vecina Annie. Se dispone a echarle un cubo de agua, cuando la Reilly y sus amigos vuelven de la bolera. Entonces, cambia de idea, sale a hurtadillas y saca todo el aire de una rueda del coche de Mancuso.

CINCO

Lana Lee se lamenta: «Antes era bonito andar por aquí. Ahora solo hay machorras y mariquitas. No es raro que vaya tan mal el negocio. No puedo soportar a las lesbianas». Un tal George, que lleva tatuadas las dos manos con sendas dagas dibujadas con bolígrafo, tiene con Lana asuntos ilegales relacionados con *huérfanos*.

II. «El señor González miró muy satisfecho a su alrededor. Gracias al señor Reilly, la vida en Levy Pants se había vuelto aún más agradable. Era como cuatro trabajadores en uno. En sus manos competentes, los papeles a archivar parecían desaparecer. [Además] el señor Reilly era todo corazón: la tarde anterior le había visto de rodillas, cambiándole los calcetines a la señorita Trixie. Nunca había habido allí un trabajador como el señor Reilly. Era tan diligente, se interesaba tanto por la empresa».

Enumeración de los cambios decorativos introducidos por Ignatius.

III. Mancuso recibe un nuevo castigo: vigilar los lavabos de la estación de autobuses desde el interior de una cabina y vestido de paisano. Cada día deberá vestir de un modo distinto, empezando por el de granjero.

IV. En su Diario, Ignatius describe sus cualidades como trabajador con tres A: alejamiento, ahorro, armonía. También califica con A «las características de ese bufón que tenemos como jefe administrativo: adoquín, animal, anormal, abominable, alcahuete, asqueroso, aguafiestas, agresor». Esa tarde, «tras concluir una cruz que proporciona a nuestra oficina una dimensión espiritual imprescindible», Ignatius visita la fábrica, comprobando que «combina lo peor de *La cabaña del tío Tom* y de *Metrópolis*, de Fritz Lang. Es la esclavitud de los negros mecanizada; ejemplifica el proceso que ha hecho pasar al negro de recoger algodón a cortarlo y coserlo». O sea, la transformación del esclavo en proletario.

«El río Mississippi es una masa de agua siniestra y traicionera cuyos remolinos y corrientes se llevan anualmente muchas vidas. En sus asquerosas aguas contaminadas bullen heces, residuos industriales y mortíferos insecticidas. El Mississippi como Padre-Dios-Moisés-Papa-Falo-Pa es un símbolo totalmente falso, creado por el funesto farsante Mark Twain. Esta incapacidad para establecer contacto con la realidad es característica de casi todo el arte norteamericano; pero esto se debe a que la nación en su conjunto no tiene contacto alguno con la realidad. Esta es una de las razones por las que me he visto forzado a vivir en los márgenes de la sociedad».

Para congraciarse con los trabajadores de Levy, negros todos ellos, Ignatius se pone a cantar y bailar «con sorprendente agilidad», acabando en el suelo. «Pese a lo que han estado sometidos, los negros son bastante agradables. Yo había tenido poca relación con ellos, pues solo me relacionaba con mis iguales, y como no tengo iguales, no me relaciono con nadie». No obstante, dice sentir cierta afinidad con la gente de color, porque también ellos se encuentran fuera del círculo de la sociedad norteamericana, aunque reconoce que su exilio es voluntario. Y envidia la capacidad de los negros para inspirar terror en los proletarios blancos: «Quizá debería haber sido negro [...] Voy a rezar a San Martín de Porres, santo patrón de los mulatos, para que triunfe nuestra causa en la fábrica». Y cierra su reflexión con un heterónimo: «Hasta luego. Gary, vuestro Chico Trabajador Activista».

Acerca de Myrna Minkoff: «Sus razonamientos eran una mezcla de tópicos y medias verdades. Su visión del mundo un compuesto de concepciones erróneas. Me asaltó con diversos manifiestos y panfletos de organizaciones de las que ella era el miembro más activo. Había conseguido sacarle dinero a su padre para venir a ver cómo estaban las cosas *por el sur*. Desgraciadamente, me encontró a mí y me convirtió en otra especie de causa. El trauma de nuestro primer encuentro alimentó el masoquismo mutuo y desembocó en una especie de *affair* (platónico, claro está)».

«La panacea de Myrna para cualquier cosa era el sexo, doctrina que propagó diligentemente con desastrosas consecuencias para dos bellezas sureñas a las que tomó bajo su influencia. Una de estas sencillas muchachas sufrió una crisis nerviosa; la otra, intentó abrirse las venas. La explicación de Myrna fue que las chicas eran demasiado reaccionarias. Yo, por mi parte, procuraba guiarla por el camino de la verdad».

«He vuelto a ver a esa ramera liberada algunas veces». En esos encuentros, Myrna le refiere orgullosa las persecuciones y torturas que ha sufrido. «Algún día la detendrán y la cárcel dará al fin sentido a su vida y acabará con sus frustraciones».

V. «El doctor Talc tenía fama como conferenciante por su ingenio ágil y sarcástico y por sus generalizaciones socialmente digeribles que le ayudaban a ocultar su falta de conocimiento de casi todo en general». Buscando unos apuntes, encuentra la nota que un alumno le dirigió hace años: «Tonto extraviado, pseudopedante, su total ignorancia de lo que profesa enseñar merece pena de muerte. Morirá usted como el perfecto imbécil que es. El Zorro»

SEIS

«Mattie's Ramble Inn era una mezcla de bar y tienda de ultramarinos». Allí conversan un trabajador de Levy y Jones: «—Tenemos allá un blanquito grande que vino a la fábrica a decirnos que le gustaría mucho tirá una bomba atómica y volá la empresa. Dice: “Tos vosotros deberíais conseguiros un cañón y tirá una bomba *nuclear* encima de este sitio”. Va a llevarnos a tos a una gran manifestación que va a convertí todas las demás manifestaciones del mundo en reuniones sociales de señoras. —Pues a mí me parece un

blanco desgraciao que está como una cabra». Por las señas, Jones comprende que se trata de Ignatius y previene al trabajador».

II. Ignatius lleva a la fábrica una cámara de cine y una sábana. Los obreros lo encaraman a una mesa desde donde suelta su arenga: «Nuestro día ha llegado al fin. Dejaremos tras nosotros una fábrica saqueada y destruida. Arrasaremos la oficina. ¡Llevaremos esto en vanguardia!». Desenvuelve la sábana en la que ha escrito “ADELANTE, Cruzados por la Dignidad Mora” y hace que dos mujeres la enarbolean. «Ignatius puso su cámara en acción, la enfocó hacia la pancarta y los trabajadores [y les pidió:] “Ahora, con más violencia. Blandid las armas con fiereza. Haced gestos y muecas. Chillad, que alguno dé saltos”. Todos siguieron las instrucciones con júbilo. Ignatius filmó la escena durante un minuto. Luego entregó la cámara a un obrero y pidió que le filmase agitando un puño».

Siguiendo las órdenes de Ignatius, los trabajadores se encaminan hacia la oficina sin atender su petición de ayuda: «¡Alto! Alguien tiene que ayudarme a bajar de la mesa». Al bajar por sí solo, se cae y rompe la cámara, perdiendo lo filmado. Aún llega a la oficina a tiempo de ver cómo los obreros rompen sus macetas de judías y el cartel de su mesa. Colérico, se enfrenta a los rebeldes, que se vuelven a la fábrica.

III. Tribulaciones de Mancuso en los lavabos de la estación de autobuses.

IV. Irene Reilly reprende a su hijo por haber perdido el trabajo. Él se excusa: «—Todo ha sido culpa de Myrna Minkoff».

V. Gus Levy cuenta a su mujer que ha despedido a un empleado: «—Quería que despidiese a un trabajador que le había tirado las plantas y a otro que le había roto su cartel. Dijo que los obreros eran todos unos camorristas que no le tenían ningún respeto. Cuando bajé a la fábrica los obreros tenían ladrillos y cadenas. Me dijeron que el mamarracho grandote les había dicho que las llevaran para asaltar la oficina y pegar a González. Les había dicho que estaban mal pagados y que trabajaban demasiado. —Creo que tenía razón. Susan y Sandra quieren que subas el sueldo a esa pobre gente y dicen que si no, no volverán a casa. [En cuanto a] ese joven idealista debe de estar ahora pasándolo mal. Yo soy una mujer íntegra, pero mi relación contigo me ha envilecido».

SIETE

«Vendedores Paraíso se albergaba en lo que antes había sido un taller de reparación de automóviles. Las puertas del garaje solían estar abiertas, obsequiando al transeúnte con un aroma acre a salchichas y a mostaza». Atraído por el olor, Ignatius pide una y luego otra hasta comerse cuatro. Entonces dice que no tiene dinero para pagar y el salchichero le pone un tenedor en el cuello: «—Haremos un trato. Sale usted una hora con uno de esos carritos y damos por zanjado el asunto». Ignatius se queja de que el viejo le haya pinchado una bufanda que perteneció a Churchill: «—Hoy su valor es de miles de dólares. Puede utilizarse también como chal, como faja, cinturón, capa y falda escocesa, como cabestrillo y como pañuelo». Tras hacer estas demostraciones, accede a ponerse el uniforme blanco, pero no a sustituir su gorra de cazador.

Poco después, Ignatius va por la acera empujando un carro en forma de gran salchicha, con doce salchichas en su interior. Como nadie le compra, se las va comiendo él. Evoca *La consolación por la filosofía*, donde su admirado Boecio [poeta y filósofo latino del siglo VI]

«describe el calvario de un hombre justo en una sociedad injusta. Es la verdadera base del pensamiento medieval».

Ignatius se niega a ir por la calzada y molesta con su carro a los transeúntes, que lo increpan. Cuando, por fin, le sale un cliente, se trata de George, el compinche de Lana. Ignatius no solo se niega a venderle una salchicha sino que incluso lo atropella, originando un revuelo. George le increpa: «—Eres un maricón y estás chiflado. ¿Quién va a querer algo que han tocado esas manos mariconas?». Huyendo del público, Ignatius cruza jadeando las puertas del garaje: «—¡Socorro! El sindicato del crimen ha atacado de nuevo». Y cuenta al salchichero que un miembro del hampa juvenil le puso una pistola en la sien y le saqueó el carro mientras yacía desmayado. «Quizá tuviera mucha hambre. El deseo humano de alimento y de sexo es relativamente similar. Enloquecidos por sugestivos programas de televisión y publicaciones lascivas, los jóvenes buscan dar salida a sus deseos físicos insatisfechos mediante una sublimación de la comida. Podemos dar gracias a Dios de que el muchacho haya recurrido a la comida como desahogo. Si no, me podría haber violado en plena calle».

II. En el Noche de Alegría, Darlene quiere hacer un número erótico con una cacatúa que la desnude. Lana no lo ve claro, pero accede.

III. Ignatius recibe una carta de Myrna, invitándole a una conferencia en la que ella «hablará audazmente sobre el sexo en la política: la libertad erótica como arma contra los reaccionarios. Firme ahora y salve a Norteamérica de la ignorancia sexual, la castidad y el miedo». Por detrás del panfleto, Myrna ha escrito: «Supongo que me excedí un poco en mi última carta, pero mi único deseo era ayudarte a descubrir tu auténtica expresión y satisfacción a través de un orgasmo natural y gratificante. Respeto tus ideas y he aceptado siempre tus tendencias excéntricas y todo ello porque deseo verte alcanzar un estado de equilibrio mental-sexual perfecto. (Un buen orgasmo explosivo limpiaría tu ser profundo y te haría salir de la zona oscura. He de decirte que la película ha quedado descartada, así que si pensabas hacer el papel de terrateniente, olvídale [...]) Un chico que acaba de llegar de Israel me pasó un folleto que mostraba detalladamente cómo el Papa está intentando hacerse con un arsenal nuclear». Y del entusiasmo al desencanto: Myrna descubrió que el tipo solo quería acostarse con ella, y que el folleto lo había impreso el Ku Klus Klan. Finalmente, se despide con una nueva invitación: «A pesar de la revisión completa que está pidiendo a gritos tu psique, tienes un cerebro que podría crecer y florecer aquí en Nueva York. ¿Es que tus impulsos naturales no te piden a voces desahogo? Una aventura amorosa bella te transformaría. Las grandes ataduras edípicas que te inmovilizan están asediando tu cerebro y te están destruyendo. Escríbeme, por favor. En este país necesitamos un sistema tripartidista y creo que los fascistas están fortaleciéndose cada día más».

Respuesta de Ignatius: «Querida Myrna: ¿crees en serio que tengo interés por tus grotescos encuentros con subnormales? En la actualidad estoy relacionado de un modo vital con la comercialización de alimentos».

OCHO

«La señora Levy era una mujer de intereses e ideales elevados. [Últimamente] se había entregado apasionadamente a la señorita Trixie, [con la que quería] poner en práctica el curso de psicología por correspondencia, cuyo examen final había suspendido estrepitosamente». Por fin, la tiene en su casa. «—Señorita Trixie, usted cree que está vieja y

cansada. Lo que tiene usted es psicosis de edad. Debe decirse: “Aún soy una mujer muy atractiva. Dígame, ¿qué sueña?».

II. A causa de su permanencia en los lavabos de la estación, Mancuso ha cogido un resfriado. El libro de Boecio, que Ignatius le recomendó leer, «lo deprimía aún más. No era precisamente de esos libros que hacen ver el lado bueno de la vida». George va a la estación para entregar un paquete a Lana. Su aspecto despierta las sospechas de Mancuso que trata de arrestarlo. George le quita el libro, le golpea con él y se lo lleva.

III. Santa Battaglia prepara una fiesta en su casa para que Irene conozca al señor Robichaux, que resulta ser el viejo detenido por Mancuso al principio del relato, y que define al policía como «asqueroso comunista» al que espera no volver a ver. Santa va a la cocina para preparar a Mancuso sobre lo que está pasando en el salón. Irene habla a Robichaux de su hijo y rompe a llorar. El hombre trata de consolarla: «-Puede que su hijo haya estudiado demasiado. En las universidades hay muchos comunistas. -Sí, es muy propio de un comunista tratar mal a su mamá. -Pregúntele qué piensa de la democracia». En ese momento, Santa y Angelo entran en el salón, provocando la indignación de Robichaux. Entre las dos mujeres consiguen la reconciliación.

NUEVE

Ignatius es denunciado por un inspector de Higiene que lo ha visto acariciando un gato callejero. El jefe lo cambia de distrito, mandándolo al Barrio Francés. En lugar de vender, Ignatius se dedica a escribir en un bloc sobre Marco Polo o idear la elaboración de una bomba para enviársela a Myrna por correo normal. Al fin de la jornada, solo gana un dólar porque el jefe le descuenta las salchichas que se ha comido. Él sugiere que le haga un descuento: «Después de todo me estoy convirtiendo en su mejor cliente».

En casa, Irene le pregunta si es comunista: «¡No! ¿Acaso crees que quiero vivir en una sociedad comunal? Lo que yo quiero es una buena monarquía, con un rey decente, de buen gusto». Recibe otra carta en la que Myrna dice haber conocido a un estudiante keniano «inteligente y animoso. Es real y vital. Es viril y agresivo. Penetra en la realidad y rasga los velos ocultadores». Ignatius a lo suyo: «-¡Oh, Dios mío! La ha violado un Maumau».

II. Lana Lee está orgullosa de su cuerpo: «Daba gracias a Dios por su bondad al formar un cuerpo que era también un amigo». Darlene ensaya un número a base de movimientos impúdicos que merece el reproche de Lana. En vez de portarse como una puta debe parecer una virgen ingenua que se ruborice mientras el loro la desnuda. Jones descubre bajo la barra unos paquetes en los que anota la dirección del Noche de Alegría.

III. Mancuso es devuelto a la calle con la condición de que haga alguna detención en el plazo de dos semanas. Si no lo consigue, será expulsado del cuerpo.

IV. Ignatius expone en su diario la animadversión de su jefe: «El resentimiento y la envidia que le inspiro aumenta día a día. La grandeza de mi psique, la complejidad de mi visión del mundo, la decencia y el buen gusto que revela mi porte, la gracia con que me muevo y actúo en el cenagal del mundo de hoy, confunde y asombra al mismo tiempo a Clyde [el salchichero]. Es evidente que el Barrio Francés no es el medio adecuado para un joven de buenas costumbres, casto, prudente e impresionable como vuestro chico trabajador. Espero que en mi senectud la venta de mis obras literarias aporte algún

beneficio. En caso necesario siempre podría recurrir al circuito de las conferencias a fin de extirpar los disparates e indecencias que Myrna habrá esparcido por las salas del país. Dudo seriamente que mi físico sólido y bien formado se adaptase fácilmente a dormir en callejuelas».

Clyde quiere vestirlo de pirata, pero Ignatius no cabe en el traje: «Até a mi gorra el pañuelo pirata de satén rojo, me atornillé en el lóbulo izquierdo el pendiente dorado y fijé el sable de plástico al costado de mi ropón con un imperdible. Blandiendo el sable de plástico hacia Clyde, grité: “¡Salid a la pasarela, almirante, es un motín!”. Él procedió a atacarme con su tenedor y evolucionamos por el garaje como dos espadachines en una película. Dándome cuenta de que mi arma de plástico no podía igualar a su tenedor, le rogué y me rendí. Aun así, Clyde siguió asediándome. Sé que intentaba matarme. Por suerte para mí, caí al suelo, desde donde grité: “¡Ganasteis vos, caballero!”».

«En el Barrio Francés había poca gente. Supuse que los residentes aún estaban en la cama recuperándose de los actos indecentes que hubieran realizado la noche anterior. Muchos precisarían un punto o dos en un orificio roto o un genital destrozado. Unos turistas me pidieron que posara para una fotografía. Yo colaboré adoptando diversas poses artificiosas». También ha pasado por allí Mancuso. Cuando Ignatius le pide su libro, el patrullero dice que aún no lo ha terminado de leer. Este artículo va firmado como «Lance, Vuestro Asediado Chico Trabajador».

V. Una alumna quiere que Talc le dé su opinión sobre un ejercicio que le entregó hace dos meses. Al buscarlo, el profesor deja caer una hoja: «Decreto que sea usted colgado de sus testículos subdesarrollados hasta que muera. El Zorro». La chica la guarda en su bolso.

DIEZ

Los Levy discuten por las atenciones que la mujer dedica a Trixie: le ha comprado una dentadura postiza, le da crema facial... Gus quiere vender la fábrica, pero no encuentra comprador.

II. En Mattie's Ramble Inn, Jones se queja de su situación en el Noche de Alegría.

III. Ignatius cree que el empeoramiento de su válvula se debe a la actitud «abiertamente hostil» de su madre: «Quizás hubiera ingresado en un grupo terrorista de extrema derecha y eso la hacía ser beligerante y agresiva». «De noche lo asediaban las pesadillas minkoffianas y de día la ruta absurda que Clyde le había asignado. El salario que llevaba a casa era cada vez más exiguo, y su madre se mostraba más hosca cada día».

Un club de pintoras ha colgado sus cuadros en el Callejón del Pirata. Ignatius va y critica la falta de gusto de las autoras que lo echan de allí. Poco después tiene otro altercado, esta vez con el joven que compró el sombrero a Irene. En la pelea, Ignatius recibe un botazo «en pleno hocico» y rompe el sable contra el pecho del joven, que le tira del pendiente desgarrándole la oreja. Ignatius recurre a la amenaza absurda: «—Probablemente tendré que pasar varios años en el hospital para curarme esto. Quizá recibas todos los meses unas facturas médicas escalofriantes. Mi equipo de abogados se pondrá en contacto contigo mañana. Todos son prestigiosos pilares de la comunidad, aristócratas criollos. Sin embargo, para ahorrarte la angustia aceptaré un arreglo ahora mismo. Cinco o seis dólares serían suficiente». Ante la negativa del joven, Ignatius le propone formar un partido político de homosexuales. Según él, como son contrarios a la guerra y a tener hijos, están llamados a salvar el mundo.

Para empezar, formará intelectualmente al joven haciéndole leer a Boecio. «—Luego, profundizaremos en la Alta Edad Media. Podrías dejar a un lado el Renacimiento y la Ilustración. Todo eso no es más que propaganda peligrosa. En cuanto al periodo contemporáneo te recomiendo los comics de Batman. Su moral es bastante rigurosa. Le respeto muchísimo». El joven, que se hace llamar Dorian Greene, acepta entusiasmado.

IV. Tribulaciones de George sin saber dónde esconder los paquetes que Lena le da para los *huérfanos*. Finalmente, cree encontrar el mejor lugar en el compartimento de los panecillos del carro de Ignatius, «una bóveda de seguridad guardada por el mayor simplón del mundo: ningún poli del mundo pensaría abrirla».

ONCE

Durante la cena, Irene, Santa y Robichaux censuran el letrero que Ignatius ha puesto en la fachada de su casa: «Paz a los hombres de buena voluntad». Santa les propone ir al cine a ver una película de Debbie Reynolds.

II. Ignatius describe en su diario su nuevo plan: «Mi inteligencia, indomable y exuberante como siempre, me susurró un plan tan majestuoso y audaz que yo mismo me estremecí: “¡Alto!”, grité implorante a mi divina inteligencia. Se me ofrecía la oportunidad de Salvar al Mundo a Través de la Degeneración. Cuando hayamos derribado todos los gobiernos existentes, el mundo no tendrá ya guerra sino orgías globales. De vez en cuando, el Jefe del Estado Mayor, el Presidente y demás, vestidos con plumas y lentejuelas, divertirán a los presidentes de los demás países, pervertidos también, con bailes y fiestas. La degeneración, más que indicar la decadencia de una sociedad, indicará paz para un mundo atribulado. Yo actuaré como una especie de mentor y guía del movimiento. Esta vez dejaré pasmada a la Minkoff. Se morirá de envidia. Tab, vuestro Chico Trabajador Pacificador».

III. Los Levy van a la empresa para devolver a la señorita Trixie. El señor González entrega a Gus la respuesta de Abelman a la carta que falsificó Ignatius. En ella, el distribuidor comunica al fabricante que ha «iniciado un pleito por calumnia con una indemnización de quinientos mil dólares». Y adjunta una copia de la carta escrita por Ignatius. Levy no tarda en sospechar quién ha sido el autor. Su mujer lamenta que la ruina obligaría a sus hijas a dejar la universidad para acabar de prostitutas, a lo que él responde: «Por lo menos le sacarían dinero a la cosa, en vez de darlo gratis».

IV. George espera a que Ignatius salga del garaje con su carro. «El estrafalario vendedor llevaba el pendiente, el pañuelo y el sable». [Toole parece olvidar las consecuencias de la pelea con Dorian: sable y oreja rotos. Ya le ocurrió con el coche de Irene: en una escena quedaba destrozado y en la siguiente seguía en uso. La incoherencia es uno de los rasgos de la narrativa de Toole.]

Absorto en la preparación de la conferencia para la asamblea constituyente de los pervertidos, Ignatius no advierte que una rueda del carro se ha encajado en el raíl del tranvía. Al querer liberarlo, vuelca el carro, ocasión que aprovecha George para echarle una mano. Ignatius rechaza la ayuda de su «Némesis pubescente», pero cambia de opinión cuando George le da dos dólares a cambio de permitirle guardar en el carrito dos paquetes. Receloso, Ignatius abre uno de ellos, comprobando que contiene fotos pornográficas. Su indignación ante el desnudo femenino se vuelve entusiasmo al ver que la mujer se cubre la cara con un ejemplar de *La consolación por la filosofía*. El libro que Ignatius dio a Mancuso y

que fue arrebatado por George ha ido a parar a manos de Lana, quien, más tarde se sabrá, es la mujer de las fotos. En el paquete hay una dirección (la que escribió Jones). Ignatius cree que es la de «esa mujer tan inteligente, esa noble erudita», y decide conocerla.

Pero antes quiere ir al cine. Dice a George que tiene una cita y le pide que vigile el carro y le aguarde a la puerta del Orpheum dos horas más tarde. Para vencer la reticencia de George, Ignatius lo amenaza con llamar a «un amigo muy inteligente que tengo en el cuerpo de policía, un policía secreto muy astuto: el patrullero Mancuso». George comprende que es el policía que le quiso detener en los lavabos de la estación y accede atemorizado.

En el cine, Ignatius despotrica contra lo que se exhibe en la pantalla: «Santo cielo. ¿Y se considera una comedia esta indecencia? No me he reído ni una sola vez». Al salir, recupera el carro y se dirige a la dirección escrita en el paquete, sorprendiéndose al comprobar que se trata del Noche de Alegría. Indeciso, se sienta en el bordillo de la acera hasta que sale Lana y lo echa: «Eh, tú, fantoche, lárgate de mi acera. Con ese pendiente la gente creerá que esto es un bar de maricas». Al oír las voces, Darlene sale a la puerta. Ignatius cree ver en ella la mujer que lee a Boecio. Jones alienta su error y le dice que en dos días debutará Harlett O'Hara (así se hace llamar la chica).

Ignatius va junto a los estibadores y les vende todas las salchichas. Al buscar dinero en los bolsillos de su hijo, Irene encuentra la foto pornográfica. Poco después llama Levy. Ignatius contesta que el señor Reilly no está, que lo han internado en un psiquiátrico a causa de la depresión que le provocó el despido: «Es posible que reciba usted algunas facturas de su psiquiatra».

DOCE

Ignatius ha enviado a Myrna un telegrama pidiéndole que reclutase sodomitas para su partido. Lo firmaba como presidente del país. Myrna le responde: «¿Andas por ahí con mariquitas? Debí suponerlo. Como has bloqueado durante tanto tiempo tus vías de desahogo sexual normales, ahora la sexualidad desborda y se desvía por el canal impropio. Hemos de iniciar una terapia pronto porque, de lo contrario, te convertirás en un marica escandaloso. Aunque, por otra, parte, creo que podríamos utilizar este partido sodomita para frenar a los fascistas radicales».

Inducida por Santa, Irene pide a Ignatius que se interne en un psiquiátrico, pero él se niega: «La psiquiatría es peor que el comunismo». Ignatius se dispone a salir de casa vestido de pirata. Irene, horrorizada, lo abofetea: «¡No saldrás de esta casa, loco, que estás loco!», pero no puede impedir que escape y suba a un taxi: «Asestando sablazos a las manos de su madre [a través de la ventanilla], ordenó al taxista que arrancase de inmediato».

El taxi deja a Ignatius ante el casón de Dorian Greene. «—¿Puedo preguntar de dónde sale el dinero que sirve para subvencionar este capricho decadente? —De mi querida familia, que vive en la tierra de los trigales. Me envían unos cheques enormes y yo a cambio solo tengo que prometerles que no apareceré por Nebraska». Unos gritos procedentes de la zona de esclavos les hace acudir. Tinny, uno de los mariquitas, ha sido encadenado por otros dos. Para que se calle, Dorian lo abofetea e Ignatius lo golpea con su sable. Timmy hace un elogio de las cadenas. Dentro del departamento, decenas de sodomitas enloquecidos celebran una fiesta. No es el auditorio que Ignatius esperaba para su conferencia: «Dios santo, ya veo que tendremos muchos problemas para atraernos el voto calvinista de los conservadores rurales». Cuando Ignatius comienza su discurso, es abucheado. En la fiesta hay tres mujeres que la emprenden a golpes con el aguafiestas y lo empujan fuera de la casa. Ignatius clama: «Esta bien, vivid en un mundo de guerra y de sangre. Cuando caigan las bombas no acudáis a mí».

Dispuesto a ver a la mujer inteligentísima, Ignatius va al Noche de Alegría y se sienta justo debajo del escenario. Atendiendo a su gesto, una hispana cuarentona se acerca a él con dos botellas de champán por las que le pide veinticuatro dólares. Mientras Ignatius discute con la prostituta, aparece Lana en el escenario, para anunciar la actuación de Darlene, que sale con su cacatúa en el brazo. «¡Oh, Dios mío! ¿Harlett O'Hara es esta cretina?». El pendiente de su oreja llama la atención del pájaro, que vuela hacia él y se lo arranca de un picotazo. «Dejando en su huida una estela de mesas volcadas», Ignatius sale del local y se pone en el camino de un autobús, que no lo atropella gracias a que Jones tira de él por un brazo. Desmayado en el suelo, es atendido por un tipo con traje de seda y sombrero hongo que lo ha seguido desde la casa de Damian. Bajo el disfraz, Jones reconoce a Mancuso. Lana, irritada, despide a Jones, a Darlene y a la prostituta hispana. Luego, le ofrece a Mancuso pasar la noche con la mujer de la foto que finge leer a Beocio. El policía se identifica y la detiene «por proposición deshonestas, posesión de pornografía y por haber posado para hacerla».

Ignatius se recupera del desmayo en la cama de un hospital. Irene, que está junto a él, lo abofetea y golpea con el periódico en el que aparecen tres fotos del suceso. Fue ella quien pidió a Santa que mandase a Mancuso en su seguimiento. Ignatius se indigna, pero aún más al saber que le han hecho un reconocimiento: «Sabe Dios por dónde habrán estado tanteándome esos médicos lujuriosos». Además de la cabeza y la oreja, «había empezado a molestarle una erección que exigía una atención urgente». Ante tal cúmulo de calamidades, Ignatius responde con la misma acusación de siempre: «La culpa de todo esto la tiene esa chica odiosa, esa Myrna».

II. Al ver la noticia, Clyde decide despedir a Ignatius. «¿Por qué llevaba aquel babuino el uniforme fuera de servicio? Un mono como Reilly podría echar abajo diez años de esfuerzos intentando crear una imagen comercial decente».

III. Talc no sabe cómo interpretar la noticia del Noche de Alegría.

IV. Annie, la vecina de los Reilly, piensa recoger firmas para que los echen del barrio.

V. Mancuso se hace varias fotos en la comisaría mostrando el periódico. El sargento lo felicita y le habla de un posible ascenso.

VI. Santa muestra el periódico a la foto de su madre difunta para que se sienta orgullosa.

VII. Robichaux paga la factura del hospital, pero cree que «incluso con una buena pensión y algunas propiedades no podría permitirse un hijastro así».

VIII. La policía se presenta en casa de George.

IX. Lana Lee comparte celda con las tres amigas de Dorian.

X. Dorian pone su apartamento en alquiler. «Tenía la sensación de que sin las chicas, tanto él como su edificio estaban completamente desprotegidos».

XI. Darlene recorta su fotografía del periódico. Al menos ha conseguido publicidad. No tarda en recibir una oferta.

XII. Jones lamenta su pérdida de trabajo, pero celebra haberse ganado el aprecio de los policías como colaborador.

XIII. La foto de Reilly tirado en la calle frente al prostíbulo provoca un nuevo reproche de la señora Levy a su marido: «Anótalo en tu libro, junto a la señorita Trixie y junto a mí, como otra vida que has destrozado. Menos mal que mi madre tiene algo de dinero. Siempre supe que tendría que volver con ella». Pero Gus aún puede salvarse de la ruina si consigue que Reilly confiese haber escrito la carta a Abelman. Con esa intención va en su busca. Annie le informa de que los Reilly no están en casa. «—Ignatius era un buen chico hasta que se le murió un perro grande que tenía. Ignatius colocó el perro en el salón con unas flores en la pata y fue a ver al sacerdote para que viniese a decirle oraciones al perro. Fue entonces cuando él y su mamá empezaron a pelearse. Ignatius dejó de ir a la iglesia y su mamá empezó a beber. Luego, Ignatius estuvo diez años en la universidad y conoció una chica. Se pasaban la vida sentados en el dormitorio de él y todas las noches organizaban conciertos y discusiones: “Sal de mi cama, cómo te atreves, soy virgen”. Era horroroso».

La llegada de los Reilly pone en fuga a Annie. Madre e hijo organizan una trifulca en la calle acerca de Robichaux. «—Claude puede ser amable y bueno, y eso no puedes serlo tú. Lo aprendiste todo salvo cómo debe comportarse un ser humano».

Levy se atreve a intervenir para preguntar a Ignatius si escribió la carta, obteniendo una negativa por respuesta. En ese momento llama al salchichero para comunicarle que está despedido. Levy empieza a sentir compasión por Ignatius y se arrepiente de haberlo despedido. Ignatius lo lleva a su habitación y le muestra el cuaderno en el que escribía alabanzas hacia la empresa y su deseo de mejorarla. Luego, insinúa que fue Trixie quien escribió la carta. Levy va casa de Trixie, que admite haber escrito la carta. Gus tiene que contener a su mujer para que no arrebatase la dentadura a la vieja.

Gus decide transformar Levy Pants en Bermudas Levy. Como promoción otorgará un premio y un puesto de trabajo a Jones. Recordando los insultos proferidos por Ignatius frente a su casa cae en la cuenta de que son los mismos que hay en la carta y comprende que fue Reilly quien la escribió. Pero sigue adelante con el plan de inculpar a Trixie, a la que será fácil declarar incompetente.

CATORCE

Ignatius se debate entre el temor a las consecuencias de la carta, su odio a Myrna Minkoff y su rencor hacia el pretendiente de su madre. Irene decide ir a casa de Santa para desde allí llamar al Hospital de Caridad y que se lleven a Ignatius, pero antes quiere despedirse: «Se acercó a la puerta del dormitorio y escuchó los vibrantes muelles del colchón en un crescendo hacia un final digno de *En la cueva del rey de la montaña* de Grieg».

Cuando Ignatius ve las lágrimas de su madre, comprende lo que está pasando y sopesa sus posibilidades: «Si estuviese en un pabellón psiquiátrico no podrían procesarle ni Abelman ni Levy», pero si la señorita Trixie admitiese su culpabilidad no tendría que ir a un psiquiátrico. Y, en todo caso, «prefería ir a la cárcel. Allí solo te limitan físicamente. En una clínica mental jugarían con su alma y con su visión del mundo y con su mente. Huye, huye. Se vistió en un torpe frenesí». Cuando va a salir, llaman a la puerta. Es la odiosa Myrna, que ahora se presenta como la mejor vía de escape. Ignatius así lo comprende: «—¿Por qué te fuiste de mi vida. Hemos de irnos inmediatamente. Debo florecer en Manhattan. Rápido, vamos a un motel. Mis impulsos naturales claman pidiendo un desahogo». Frenéticamente, hace su *equipaje*: «Ignatius cogió el laúd y la trompeta en un brazo y el saco de dormir en el otro». También lleva su diario: «—Es mi obra más comercial. Tiene unas posibilidades

cinematográficas maravillosas en manos de un Walt Disney o de un George Pal». Myrna carga en el coche casi todos los cuadernos de Ignatius. Él, como siempre, sube al asiento de atrás por miedo a un accidente. Arrancan. Unos metros más adelante, se cruzan con la ambulancia que viene a por él. «Ahora que Fortuna le había salvado de un ciclo espantoso, ¿qué le preservaba para el próximo? El nuevo ciclo iba a ser distinto a cuanto había conocido hasta entonces».

NOTAS SOBRE LA TRADUCCIÓN

«Goddamit. I already told you people about ants and rats» es traducido como «Ya os expliqué lo de las hormigas y las ratas, cojones». Los traductores prefieren un taco malsonante, *cojones*, a una maldición que incluye a Dios en su raíz, *goddamit*.

Three Hail Mary's and a Our Father tiene su equivalente español en *Tres avemarías y un padrenuestro*.

En este párrafo, los traductores incurrir en una repetición: *Examinó luego los largos rastros de polvo del suelo que hacían que pareciese que Jones lo hubiera arado en vez de limpiarlo. Había tiras lineales de suelo limpio que se correspondían con tiras y surcos de polvo, como si Jones hubiera arado más que barrido.*

Más correcto sería: *Junto a las tiras de suelo limpio había tiras de polvo, de modo que unas y otras parecían surcos y lomos.*

Original: *Then she looked at the long tracks of dust on the floor that made it look as if Jones had plowed rather than mopped it. There were linear streaks of clean floor for the furrows, and linear streaks of dust, the hillocks.*

Los Reilly deberían de trasladarse al campo. Trece, XIII